

UNA UNIVERSIDAD PARA LA CRISIS

Por Marcos Kaplan

El diagnóstico sobre la situación de la UNAM que el Rector Jorge Carpizo formula el 16 de abril de 1986 (*Fortaleza y debilidad de la Universidad Nacional Autónoma de México*), y las medidas recientemente propuestas para la superación de aquella, deben ser ubicadas en una perspectiva dada. La crisis de la Universidad tiene su realidad y su dinámica propias, pero es a la vez reflejo parte y factor de la crisis más general y profunda que afecta a la sociedad y al desarrollo nacionales, como a los otros países latinoamericanos y al sistema internacional. Es por ello que la Universidad debe asumir su propia crisis para superarla, pero también autoidentificarse y actuar como *Universidad de la crisis y para la crisis*. Se le impone así la necesidad de definirse y funcionar como institución con su propio protagonismo, con capacidad para dar respuestas eficaces y superadoras para los desafíos internos, pero también para la crisis nacional, y para los problemas cruciales y las necesidades legítimas y prioritarias de la nación.

La UNAM sobre todo, y luego una parte considerable del sistema de educación superior, han experimentado en las últimas décadas un proceso de expansión y diversificación, con realizaciones y éxitos, pero también con restricciones, desajustes, nuevos peligros y desafíos. Crecimiento, éxito y crisis se originan y realimentan, se acentúan y proyectan, por la acumulación de viejas y nuevas demandas. Estas provienen de una constelación de fuerzas, procesos y resultados, y sus interrelaciones. Son las correspondientes a la concentración polarizada del poder mundial y a la nueva división internacional del trabajo; al camino/estilo de crecimiento neocapitalista/periférico y de modernización superficial; a la hiperurbanización y a la industrialización dependiente y distorsionada; a la movilización de fuerzas sociales mayoritarias y de sus expectativas y demandas de participación ampliada, en contraste con estructuras socioculturales y políticas de signo restrictivo y marginalizante; a la multiplicación de tensiones y conflictos de tipo social y político; al ascenso del intervencionismo autonomizante del Estado; a la complejización de las inserciones y dinamismos internacionales.

La acumulación de viejas y nuevas demandas ha impuesto a la Universidad la agregación y el entrelaza-

miento de funciones múltiples y con frecuencia divergentes. Ha seguido siendo lugar de formación de élites intelectuales y profesionales; de elaboración y difusión de modelos cultural-ideológicos; de producción de especialistas para diferentes actores y fuerzas del Estado y de la sociedad. Al mismo tiempo, la Universidad ha ido reforzando su papel de satisfactor de aspiraciones al ascenso y a la participación mediante la educación; de necesidades de conocimientos y técnicas. La Universidad se ha vuelto también campo y objeto de competencia entre élites y contraélites; fuente de respuestas a la politización de la sociedad, y a las demandas de grupos gobernantes y dominantes, críticos e impugnadores.

Crecientemente presionada por estas demandas múltiples, la Universidad ha tenido realizaciones y éxitos notables: en formación de recursos humanos, en docencia e investigación, innovación, creación y difusión de cultura. Es insoslayable el reconocimiento del papel de la UNAM en la garantía de pluralismo científico, ideológico y político; de la libertad de cátedra y de investigación; y en el desarrollo del potencial de conciencia crítica y de creatividad del país.

Realizaciones y éxitos se han desplegado en paralelismo y entrelazamiento con una constelación de restricciones y desajustes que alimentan y configuran la crisis de la Universidad. Las demandas múltiples son acumulativas y competitivas, y en medida considerable provienen de fuerzas y tendencias hostiles a una cultura, una ciencia y una tecnología autónomas y creativas, a una universidad protagónica en tales dimensiones. Los factores generales del atraso, la dependencia y la crisis gravitan también sobre la Universidad. Más específicamente, la Universidad sufre las insuficiencias y desajustes del sistema educacional general, de la cultura dependiente y aristocratizante.

Afectada a la vez por la proliferación de demandas divergentes o antagónicas, limitada en su capacidad de respuesta por fuerzas, estructuras y procesos que provienen a la vez de su entorno socio-político y de su propio interior, la Universidad ha encontrado dificultades en el diseño y aplicación de su propio *proyecto académico*, que defina su naturaleza y funciones, sus fines y medios, y ello con alguna articulación y congruencia respecto a

lo que es o pueda ser un *proyecto histórico de desarrollo nacional*. Tal insuficiencia o carencia se ha proyectado a la inadecuación de las formas de decisión y planeación; a la disociación entre las actividades universitarias, y entre éstas y las grandes tendencias y problemas de la ciencia, la cultura, la sociedad, la economía y la esfera política.

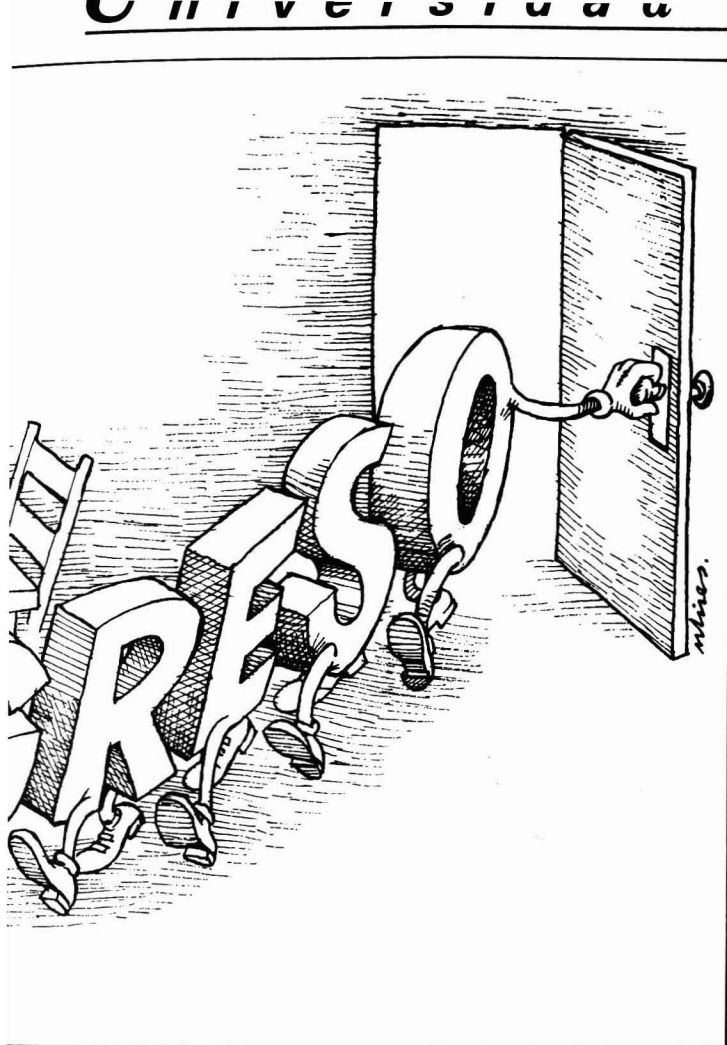
La proliferación acumulativa de demandas contradictorias, produce y a la vez se refuerza por la *masificación* de estudiantes, profesores, trabajadores. La Universidad pública es vista como canal de supervivencia y ascenso para grupos considerables que esperan satisfacciones en el empleo, la carrera, el ingreso, el status, el prestigio, la participación en el poder, que no parecen prometidas en otros aspectos y niveles de la sociedad y de la praxis individual/social. Las limitaciones impuestas por las estructuras tradicionales de la economía, la sociedad y la propia Universidad, la desaceleración o la desaparición del mero crecimiento económico, el estallido y amplificación de la crisis (nacional e internacional), concluyen para la insuficiencia de recursos disponibles para las instituciones de educación superior. La gradual revelación de este predicamento refuerza fenómenos y tendencias de conflictividad y explosividad en el seno de la Universidad, v. gr. con el crecimiento masivo del *lumpenintelectual* y del *lumpenprofesional*; las tendencias auténticas de examen crítico de la realidad nacional y de proposición de caminos alternativos de organización y desarrollo, también las estrategias y procesos de interferencia, de manipulación e instrumentación, parten de la lucha entre élites y contraélites, y la consiguiente conversión de la Universidad en arena y botín de luchas políticas, así como los fenómenos ambiguos y destructivos de *hiperpolitización* y de *superideologización*. Diferentes variedades del discurso ideológico y político sirven para instrumentar la lucha por posiciones escasas y recursos menguantes dentro de la propia Universidad (y en la sociedad). A las tendencias destructivas y autodestructivas en el seno de la Universidad, corresponden las formas y tentativas de su manipulación desde el entorno sociopolítico, nacional e incluso internacional (elitización; tecnoburocratización; retaceo de recursos; fomento de la degradación material, cultural y científico-técnica, de la conversión del campus universitario en *ghetto* sociológico y político; preparación y despliegue de ataques reaccionarios).

La Universidad sufre las consecuencias negativas de la crisis en lo económico, lo social y cultural y lo político, pero también las modalidades de su interiorización, de su amplificación y despliegue, en su propio seno. El aflujo masivo de ingresantes desde una educación previa en deterioro se manifiesta como promedio de baja calificación de aquéllos; como saturación de carreras, deserción alta, decrecimientos en la cobertura de créditos y en las titulaciones. Las presiones políticas de todo tipo y signo logran la ampliación de matrículas, de personal y servicios, y el abatimiento de exigencias en cuanto a es-



tudiantes, docentes, investigadores y administradores. La perduración de formas elitistas-oligárquicas de poder y organización, sus consiguientes modalidades de funcionamiento, se traducen en el uso de mecanismos e instrumentos de cacicazgo, clientelismo y cooptación, y en la producción o amplificación de efectos de rigidez y esclerosis. Se crean y multiplican situaciones de acumulación de problemas, de tareas y de responsabilidades; de sub-gobierno y de infra-administración en condiciones de sobrepoblación universitaria, de escasez crónica de recursos, de agobio de trabajo para autoridades, docentes, investigadores y trabajadores; de baja del rendimiento en facultades, escuelas e institutos, en la formación, la investigación, la innovación y la difusión. El despliegue de actitudes y prácticas de feudalismo, mandarinato, patronazgo, clientela, corporativismo, demagogia populista, busca justificaciones ideológicas en el discurso sobre igualdad de oportunidades, justicia social, libertad académica, sindicalismo, prioridad de la educación de masas falsamente contrapuesta a la educación de calidad e identificada con la baja generalizada de niveles de exigencia y de logro.

Los reducidos niveles de compromiso, de exigencia y de productividad se difunden en estudiantes, docentes, investigadores, especialistas. Mecanismos y procesos de selección a la inversa llevan al desaprovechamiento y pérdida de buenos estudiantes, docentes, investigadores



y tecnólogos; y por otra parte, al privilegio de las actitudes y prácticas de cinismo, irresponsabilidad, mínimo esfuerzo, aventurerismo, particularismo y corrupción.

Los déficit internos se han multiplicado. Se vuelven urgentes la redefinición del proyecto de Universidad, en interrelación con el proyecto histórico de desarrollo nacional; los estudios y evaluaciones de los problemas nacionales y del papel (actual y posible) de la Universidad para la investigación, diagnóstico y solución de aquéllos; el perfeccionamiento de la planeación universitaria. El aumento de recursos insuficientes y la racionalización de su uso resultan indispensables frente a la multiplicación de demandas que a su vez deben ser analizadas y evaluadas de manera más racional y sistemática. La disponibilidad cuantitativa y la mejora cualitativa de los docentes deben avanzar, junto con la actualización de planes de estudio y de métodos de enseñanza la articulación entre aquéllos y la investigación.

La crisis de la Universidad y el proyecto de reforma que apunta a su superación y a la contribución positiva frente a la crisis nacional, son inseparables de la necesidad de enfrentar al mismo tiempo dos fenómenos de enorme trascendencia: por una parte, el agotamiento del camino/estilo de desarrollo que México y el resto de América Latina aplicó durante décadas; y por la otra, el impacto de la mutación tecno-científico-industrial que se viene desplegando en los centros más avanzados del

Primer Mundo y proyectando hacia el Segundo y Tercer Mundos. De hecho, la desaceleración y retroceso del crecimiento, la ausencia de desarrollo, la dificultad o la cuasi-imposibilidad de insertarse más o menos adecuadamente en la Nueva División Internacional del Trabajo, la crisis, son resultados y componentes de la mutación que va reestructurando el mundo, a partir y a través de la Tercera Revolución Industrial-Científica-Tecnológica.

De no tenerse en cuenta esta perspectiva, y los problemas que plantea, se corre el riesgo de seguir promoviendo y apoyando formas de producción, de investigación e innovación, de formación de recursos humanos, de organización y funcionamiento de la Universidad, a través de métodos y para el logro de objetivos, que se van volviendo obsoletos e irrelevantes, irreales o inexistentes.

El desafío, la *llamada del destino*, gira alrededor de la capacidad de decisión autónoma sobre la orientación y las modalidades de uso, de los recursos e inversiones, en qué sectores, con prioridad respecto de qué innovaciones e investigaciones, en la producción de qué recursos humanos, para contribuir a definir qué perfil y qué papel tendrá el país, y en él la Universidad, en las próximas décadas. Los países que no enfrenten la apuesta y el consiguiente desafío de la tecnología, la ciencia, la cultura y la educación, no tendrán garantizada su libertad ni su misma supervivencia; se condenarán a la crisis sin salida, la improductividad y la escasez, la decadencia y la disgregación, la violencia y el autoritarismo, el vasallaje y la extinción nacionales.

El porvenir será de las naciones capaces de "aprender para emprender", de desarrollar plenamente la capacidad y la creatividad nacionales (y regionales), para que los peligros de la concentración del poder mundial, de la nueva división mundial del trabajo y de la mutación tecnológica, se reduzcan o neutralicen, y las potencialidades progresivas de esta última se desplieguen y aprovechen.

Se requiere para todo ello una inversión masiva en materia gris; un esfuerzo intenso y sistemático de conquista de las capacidades de adquisición y uso de "*saber qué*" y "*saber cómo*"; el cultivo metódico de la inteligencia; un salto hacia adelante en la formación y en las calificaciones de toda la población. Todo, para la disponibilidad de una masa cultivada de hombres y mujeres capaces, y de élites afinadas e internacionales competitivas. Para México como para los otros países latinoamericanos, para sus clases y grupos, sus organizaciones e instituciones, sus individuos (como trabajadores, técnicos, científicos, docentes, ciudadanos, personas totales), la educación en general, y sobre todo la Universidad, es camino necesario de supervivencia, desarrollo, éxito histórico. Una vez más, proyecto nacional y proyecto universitario, como problemática de la crisis y parte decisiva de una auténtica solución, convergen y se entrelazan. ♦